

LA COMETA DE NOA

RAFAEL
SALMERÓN

5.ª EDICIÓN



Gd
ESTADO UNIDO

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño de cubierta: Lara Peces

© Rafael Salmerón, 2010
© Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres, por tanto.

A Susana, por todo.

A Pablo y Lucía, las dos mitades de mi corazón.

1

CRACOVIA, FINALES DE AGOSTO DE 1939

Una cometa en el cielo. El aire limpio y claro, el viento perfecto, ni demasiado fuerte ni demasiado suave. Los vivos colores se dibujan nítidos, casi irreales, sobre el azul brillante y cálido del verano. Durante unos instantes no hay nada más, solo el cielo, el viento y la cometa. Pero no dura más que un momento. El viento cesa de pronto y la cometa se precipita, vacía y muerta, contra el suelo. Noah, con la callada tristeza de los sueños que se acaban, se acerca a recogerla. Lo hace con sumo cuidado, casi con mimo, como si el objeto de madera, tela y cuerda fuese un pequeño pájaro caído o porcelana que se quiebra. Mira otra vez al cielo, ahora vacío, sin música, sin alma. Por fin baja la vista al suelo adoquinado y emprende lentamente, arrastrando los pies, el camino a casa.

Noah sabe que ya es la hora. El sol comienza a dejarse caer y él tiene que regresar. Lo ha oído cientos, miles de veces, y esa idea, ese concepto, se ha quedado grabado en su mente como una imborrable marca de nacimiento. Aunque no lo crean, aunque no lo noten.

Las suelas de madera de sus zapatos resuenan contra los adoquines como si se arrastrase una silla por un suelo irregular e imperfecto. Y de pronto, unos nuevos sonidos se unen al primero. Se oyen más fuertes, más seguros, más claros; pero también más amenazadores. Y no son solo esos sonidos huecos contra el suelo adoquinado; además se escuchan voces altas y despreocupadas, risas y golpes.

Tres sombras alargadas se acercan al pequeño Noah. Los dueños de esas sombras son tres chicos polacos.

Efectivamente, polacos. Estamos en Cracovia, en el corazón histórico de Polonia, y todos los que allí viven, o al menos todos los que allí han nacido, deberían ser llamados polacos; pero no es así. Noah ha nacido en Polonia, al igual que su padre y que su abuelo. Sin embargo, para esos tres chicos que se acercan, con los andares despreocupados del verano, Noah no es polaco. Noah es judío. Y eso lo hace diferente. En muchos aspectos. En demasiados.

–Mira, Janek: el pequeño judío nos está escondiendo algo –dice uno de ellos clavando su mirada en la figura del niño. Noah tiene las manos a la espalda, con las que sujeta fuertemente la cometa, intentando ocultarla a los ojos de los tres muchachos. Son mayores que él, y Noah está asustado. Pero su miedo no es físico. No teme puñetazos ni patadas. Tampoco le asustan la humillación, los insultos, los escupitajos. El pequeño Noah solo teme por su cometa. En su mente, tan extraña y única para algunos, tan inútil y vacía para otros, únicamente hay sitio para un pensamiento: que no se la quiten, que no se la rompan.

–Has visto, Janek; el judío no quiere compartir sus tesoros con nosotros –silabea, casi relamiéndose, el león pecoso y mellado, ante la presa indefensa, acorralada.

El que debe de ser Janek se acerca a Noah y, tras prepararse concienzudamente, le escupe a la cara. El niño cierra los ojos y aprieta la cometa contra su espalda, aún con más

fuerza, mientras el escupitajo, denso, caliente, resbala por su nariz.

–¿No deberías estar ya en casa, haciendo esas porquerías que vosotros hacéis? –le pregunta el tal Janek, acercando tanto su cara a la de Noah que ambos respiran el mismo aire de salchichas ahumadas y sopa de col fermentada.

De pronto, el pequeño Noah, aún con los ojos cerrados, siente cómo algo, una tenaza, una garra de lobo malvado, tira de la cometa, intentado arrebatársela. Entonces abre los ojos. Tres caras rubicundas, zafias y terroríficas le rodean. Segundos después, tres pares de brazos le agarran, le golpean, le arañan.

–¡Suelta, judío asqueroso!

Un puñetazo, una patada...

Le retuercen los brazos. Noah no aguanta más, suelta la cometa y cae al suelo.

De repente, el grito de furia de alguien grande y poderoso que se acerca velozmente, retumba en las solitarias paredes del pequeño callejón.

–¡Dejadle en paz!

Es él. Noah lo reconoce enseguida: el oso grande y bueno, el gigante enorme y amigo. Su hermano Joel.

Al ver aquel corpachón corriendo hacia ellos, desbocado; al ver esa mirada fija en el seguro combate; al escuchar esa voz que empequeñece sus fuerzas y su chulería, los tres chicos salen corriendo, abandonando a su presa.

Joel, usando sus enormes manos con la mayor de las delicadezas, levanta a su hermano del suelo.

–¿Estás bien, Noah? –le pregunta mientras tantea el pequeño cuerpo en busca de roturas, de arañazos.

Pero Noah no se ocupa de su cuerpo; solo busca, ansioso, la cometa. Allí está, sobre los adoquines. Parece intacta, de una sola pieza. Sus grandes y vivos ojos negros

la examinan con atención. Y no escucha las palabras de su hermano.

—...Te lo he dicho mil veces... Nunca vengas solo... tan lejos de casa...

Pero Noah no escucha. Joel lo sabe. Sabe que volverá a aquel barrio, a aquella colina artificial, a aquel paraíso despejado de árboles y casas, a subir su cometa al viento, una vez y otra. Sin embargo, Joel necesita insistir; no puede dejarlo por imposible, como han hecho su madre y su hermana, como ha hecho su padre, aunque él de un modo distinto. Podría decirse que su padre, Leopold Baumann, el relojero, el judío, el hombre, ha dejado a la especie humana por imposible. O quizás, justamente al contrario, ha sido la especie humana la que, hace ya tiempo, ha dejado a Leopold Baumann, el relojero, el judío, el hombre, por imposible.

Joel mira al cielo. El sol se está ocultando. Es tarde. Hay que darse prisa o no llegarán a tiempo. Tienen que cruzar el Vístula, y ya en Kazimierz, en el barrio judío de Cracovia, recorrer un buen trecho hasta su casa. Es viernes y el Shabat no espera a nadie.

Joel agarra a su hermano, sujetando con firmeza una de sus manos, tan pequeña, delgada y distinta a la suya, enorme, fuerte, incluso algo tosca. Caminan muy rápido, casi a la carrera. Por momentos, los pies de Noah no tocan el suelo. La fuerza de su hermano le lleva como a una hoja una ráfaga de viento. Ya ven el puente sobre el Vístula y, al otro lado, Kazimierz, el barrio judío, donde se sienten seguros. Casi siempre.

Los tenderos y comerciantes echan el cierre con prisas. Todos miran el reloj, o al cielo, pues el Shabat no espera a nadie. Joel y Noah adelantan a todos: hombres, ancianos y jóvenes. Barbas largas y oscuras, pellos, sombreros de fieltro, negras levitas... Y el sonido de los zapatos, multitud de

ellos que, anticipando el ritmo del kidush y la bendición del vino, se dirigen a las casas, a las mesas, al Shabat, que no espera a nadie.

Ya casi es la hora y no están lejos. Ante sus ojos aparece la animada esquina de las calles Jozefa y Jakuba, a tan solo unas decenas de metros de su casa, en la pequeña y tranquila calle Ciemna. Joel puede imaginar la escena, tantas veces vivida: el mantel de lino blanco cubriendo la mesa, el jalot, el pan trenzado ceremonial, oculto bajo el lienzo immaculado, el vaso preparado para el kidush, las dos velas, las cerillas... Y ante la mesa engalanada para la fiesta, su padre, con la mirada clavada en la punta de sus negros zapatos, ensimismado. Su hermana Hannah, vestida con su mejor traje, radiante. Y su madre, esperando el momento de encender las velas para, tras taparse los ojos con las manos, comenzar la plegaria: «Baruj ata Adonai, elojenu melej ja-olam, asher kidshanu bemitzvotav...».

Su madre... Joel sabe lo que estará pensando su madre, nerviosa, al borde casi de la histeria: «No van a llegar... ya es casi la hora... Señor, mi Dios, bendito sea tu nombre, ¿por qué me has castigado así? ¿Acaso no he sido una buena hija, acaso no he sido una buena esposa? ¿No podías haberte quedado tú con él, en tu bendito seno, y dejarme a mí con Joel y Hannah?... No, no puede ser culpa mía... Ay, Dios mío, bendito sea tu nombre. ¿Es por Leopold? ¿Te ha ofendido en algo? Sí, tiene que ser por él. Tan reservado, tan callado, tan distante. Tiene que ser por él, no puede ser culpa mía... Al menos el pobre Noah ni grita ni alborota ni se lo hace todo encima. Al menos sabe bajarse solito los pantalones... Qué le vamos a hacer, si es la voluntad de Dios, bendito sea su nombre...».

Joel sabe lo que piensa su madre porque se lo ha oído decir mil veces, como repitiendo, casi inconscientemente, una plegaria lanzada al vacío en medio del desierto. Y no

importa si esas palabras se pronuncian ante los oídos del padre. Leopold y Dora Baumann parecen convivir, de una manera extraña, en dos mundos paralelos que no pueden juntarse más que a través de lo físico, de lo cotidiano.

Por fin, han llegado. La tranquila y pequeña calle Ciemna, su portal, tan recoleto, tan tímido. El señor Rosem-feld, el juguetero, que vive en el segundo piso, sube los es-calones de tres en tres, sin pararse antes a saludar, pues el Shabat no espera a nadie.

La poderosa mano de Joel golpea la débil puerta con pudor extremo. Quiere que se abra sola, para aparecer, como por arte de magia, ante la mesa, las velas y el jalot. No quiere oír los reproches de su madre ni quiere ver, justo detrás de ella, al calor de sus faldas protectoras, el asenti-miento acusador de su hermana Hannah. No quiere, otra vez más, ser el defensor, el guardián de su hermano.

Pero la puerta no se abre sola. Los grisáceos ojos de Han-nah, iguales que los de su madre –eso dicen todos–, les mi-ran con la seguridad del «ya sabes lo que viene ahora», así que no se cruzan palabras entre ellos. Joel afloja la presión sobre la mano del pequeño Noah. Le gustaría no sentir ese impulso protector tan fuertemente, no tener esa incontrola-ble necesidad de ser el muro, el parapeto que separa a su hermano del mal y del sufrimiento. Sin embargo, ese im-pulso, esa necesidad, están grabados en su piel a sangre y fuego. Quizás porque no ve en sus padres ni una leve som-bra de esos sentimientos, como si el Creador hubiera deci-dido que él, el joven Baumann, que debería vivir despreocu-pado, tan fuerte y vital, jugando en la calle, buscando el roce furtivo con las chicas de su edad, albergara en su corazón ese amor, ese instinto que, por la ley natural, por la ley de Dios, no le tocaba.

Ante la mesa vestida para la fiesta, Leopold y Dora Bau-mann. Una furtiva, casi imperceptible mirada del padre.

Y los ojos grisáceos de la madre, que se clavan primero en los de Joel y en los de Noah después. Dora Baumann no habla. O, por lo menos, sus palabras no pueden ser escuchadas. Las mastica, las trituran sus poderosas mandíbulas. Joel teme que vaya a escupirlas a los ojos, a la cara de su hermano, y que estallen en su rostro, y lo consuman, y lo quemem. Pero no se rompe el silencio, no en ese momento. Las fuertes manos de Dora, tan parecidas a las de Joel, y tan distintas a las de Noah y a las finas y delicadas manos de relojero de Leopold, prenden una cerilla y, con los aprendidos y mecánicos gestos, encienden las velas, escenificando la conocida música del Shabat:

Baruj ata Adonai
Elojenu melej ja-olam
Asher kidshanu bemetzvotav
Vetzivanu lejadlik
Ner shel Shabat.

–Amén –responden todos. O casi.

Después, a Leopold Baumann, el relojero de la calle Ciemna, le toca el turno de ser, aunque solo sea por unos fugaces instantes, Leopold Baumann, el padre, y, como dice el Talmud, como siempre se ha hecho, bendice a sus hijos.

* * *

El 19 de octubre de 1932, en una pequeña habitación de un tímido y recoleto edificio de la calle Ciemna, en Kazimierz, el distrito judío de Cracovia, vino al mundo Noah Baumann, tercer hijo de Leopold y Dora Baumann. Nació pequeño, flaco, como un conejo desollado; pero con los

ojos negros y grandes, tan abiertos que se podía ver en ellos la vida y la muerte. No lloró. No lloró nunca, ni tan siquiera cuando su madre, tratando de despertarle del angustioso silencio, le hacía esperar horas y horas antes de engancharle a sus grandes y rebosantes pechos. Y cuando, pasado el tiempo, llegó el momento de balbucear, gritar, repetir las sílabas una y otra vez, el pequeño Noah continuó guardando el más profundo de los silencios.

–El Señor, bendito sea su nombre, se olvidó de soplar su sagrado aliento sobre él, y no le dotó de habla ni entendimiento –dijo el rabino, categórico, a Leopold y Dora Baumann.

Y después vinieron los médicos. No hallaron un motivo fisiológico que impidiera al niño oír y hablar, así que cada cual encontró, o quiso encontrar, su propia explicación:

–No llegó suficiente oxígeno a su cerebro durante el parto –aseguró, tras sus pequeñas gafas redondas, el doctor Teitelbaum, en su clínica de la calle Podgórska.

–Hablaré cuando tenga algo importante que decir –sentenció, rotundo, el doctor Finkelstein, cruzando los brazos sobre su pecho y levantando la barbilla al modo de Mussolini, el dictador italiano.

–Sus cuerdas vocales se han atrofiado por la falta de uso. Que haga vahos con el primer orín de la mañana –comentó el dudoso doctor Honig, más curandero que científico. Incluso se decía que alguien había dicho que alguien le había contado que alguien le había visto practicando con sus pacientes antiguos ritos mágicos, extraños y oscuros.

Pero nada de lo que hicieron, ni nada de lo que dejaron de hacer, causó el menor efecto sobre el pequeño. Así que, siguiendo las recomendaciones de familiares, amigos y conocidos, recorrieron las consultas de todos los galenos que ejercían en Cracovia.

–Tal vez sea esto...

- Tal vez sea aquello...
- Aire puro y ejercicio...
- Reposo y friegas nocturnas...

De un médico a otro, durante meses, hasta que las palabras «tratamiento experimental», «Viena» y «miles de zlotys» terminaron con el largo e infructuoso periplo sanitario.

–Al menos el pobrecillo ni grita ni alborota ni se lo hace todo encima. Al menos sabe bajarse solito los pantalones... Qué le vamos a hacer, si es la voluntad de Dios, bendito sea su nombre...

Y con estas palabras, Dora Baumann transformó la anomalía en cotidianidad y la preocupación en resignación. Y su hijo pequeño, Noah Baumann, unió su nombre para siempre a algunos adjetivos, que variaban según quién los pronunciase: especial, extraño, raro, retrasado, subnormal, idiota.

